

timbre y pidió : « Nueve hocks, » y se pusieron de nuevo á jugar esperando que llegasen los refrescos.

Duroy bebió un vaso de cerveza con sus nuevos compañeros y preguntó luego á su amigo :

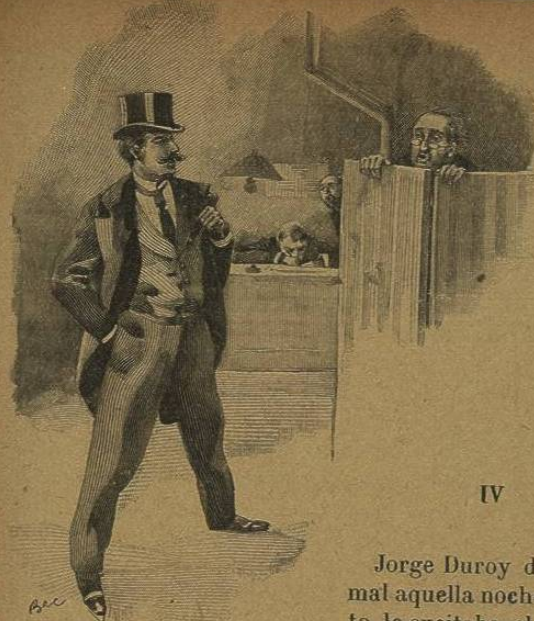
— ¿Qué es preciso que yo haga?

— Hoy no tengo nada para ti. Puedes marcharte si quieres.

— ¿Y... nuestro... nuestro artículo... va esta noche á la imprenta?

— Si, pero no te ocupes de él; yo corregiré las pruebas. Haz para mañana la continuación y ven aquí á las tres como hoy.

Duroy, después de haber estrechado las manos de todos, sin siquiera saber el nombre de ninguno de ellos, bajó de nuevo la hermosa escalera con el corazón lleno de júbilo y el espíritu alegre y satisfecho.



IV

Jorge Duroy durmió mal aquella noche, tanto le excitaba el deseo de ver impreso su artículo. Al amanecer del día siguiente, se echó de la cama, se vistió, y mucho antes de la hora en que los repartidores de los periódicos suelen llevarlos á los puestos, corriendo de uno á otro kiosco, ya recorría Duroy las calles de París.

Primeramente se dirigió á la estación de San Lázaro sabiendo de sobra que antes que á su barrio había de llegar allí *La Vida Francesa*, pero como todavía era demasiado temprano, se decidió á esperar paseando por la acera, hasta que vió llegar á la vendedora y abrir su tienda. En seguida divisó un hombre que llevaba sobre su cabeza un montón de grandes y amplios paquetes de periódicos plegados, y se precipitó para verlos. Eran el *Figaro*, el *Gil Blas*, el *Gaulois*, y dos ó tres más de la mañana : la *Vida Francesa* no estaba entre ellos.

Un temor le asaltó entonces.

¿Es que habría sido aplazada la publicación de *Recuerdos de un Cazador de África* para el día siguiente? ¿Ó es que, por casualidad, la cosa no había agradado al viejo Walter á última hora?

Al pasar otra vez por delante del kiosco observó que se vendía ya el periódico sin que él lo hubiese visto llevar. Se precipitó nuevamente y, después de dar los quince céntimos, lo desplegó con presteza recorriendo los títulos de la primera plana. — Nada. — Y su corazón empezó á latir bruscamente. Abrió para ver las otras planas y entonces experimentó una fuerte emoción al leer por bajo de una columna « Jorge Duroy » en letras gordas. ¡Allí estaba! ¡Qué alegría!

Sin pensar ya en nada se puso en marcha con el diario en la mano y el sombrero inclinado sobre el lado derecho. De buena gana hubiese detenido á los que pasaban para decirles: « Compre Vd. este periódico; trae un artículo mío ». Hubiese querido poder gritar con todos sus pulmones lo mismo que por la noche hacen algunos hombres en los grandes bulevares: « *La Vida Francesa* con el artículo de Jorge Duroy: *Los recuerdos de un Cazador de África.* »

Y de repente sintió el deseo de leer él mismo este artículo, de leerle en un sitio público, en un café de los más concurridos; pero como le era necesario caminar algún tiempo todavía, se sentó por fin en la terraza de una tienda de vinos en donde había ya instalados varios consumidores y pidió: « Un ron » lo mismo que hubiera pedido « Un ajeno » sin reparar en la hora. Después llamó: « Mozo, déme *La Vida Francesa.* »

Un hombre con delantal blanco se acercó en seguida:

— Caballero, no la tenemos; sólo recibimos el *Rappel*, el *Siglo*, la *Linterna* y el *Petit Parisien*.

Duroy se manifestó furioso é indignado: « ¿Qué casa es esta entonces? Cómpremela Vd. si no la tienen. » El mozo se la trajo corriendo y Duroy se puso á leer su artículo diciendo varias veces en voz alta: ¡ *Muy bien, muy bien!* á fin de llamar la atención de los demás consumidores é inspirarles el deseo de saber lo que había en aquel periódico.

Después la dejó sobre la mesa y se marchaba ya, cuando el amo, al notarlo, le llamó.

— Caballero, caballero, se olvida Vd. de tomar su periódico.

— Se lo dejo á Vd., respondió Duroy, ya le he leído. Además, tiene hoy una cosa muy interesante.

Duroy no designó la cosa, pero cuando se marchaba, vió á uno de sus vecinos tomar *La Vida Francesa* del sitio en que la había dejado.

Ya en camino, se dijo: « ¿Y ahora, qué voy á hacer? » Y resolvió dirigirse á su oficina para cobrar su mensualidad y presentar la dimisión.

De antemano se estremecía de placer á la sola idea de la cara que iban á poner su jefe y sus colegas, pero lo que más júbilo le causaba era el asombro que en el jefe iba á producir.

Con objeto de no llegar antes de las nueve y media, pues la caja no se abría hasta las diez, emprendió el camino despacito.

Su oficina era una gran pieza oscura, en donde era necesario tener el gas encendido casi todo el día en invierno, y daba sobre un estrecho patio en frente de otras oficinas semejantes. Los empleados con quienes Duroy trabajaba eran ocho, más un subjefe oculto detrás de un biombo.

Lo que primeramente hizo fué reclamar del habilitado sus ciento dieciocho francos veinticinco céntimos que el empleado tenía ya envueltos, en un sobre amarillo y depositados en un cajón de la mesa, y después entró con aire victorioso en la espaciosa sala de trabajo donde tantos días había pasado.

«Apenas el subjefe, Sr. Potel, le vió entrar, le llamó :

— ¡Ah! ¿ Es Vd., señor Duroy? El jefe ha preguntado ya varias veces. Usted sabe que no admite que se este enfermo dos días seguidos sin certificación facultativa.

Duroy que permanecía de pie en medio del despacho, preparando el efecto que se proponía, respondió en voz alta :

— Una de las cosas que me tienen sin cuidado.

Entre los empleados hubo un movimiento de estupefacción, y la cara de Mr. Potel apareció asombrada por encima del biombo que como una caja le tenía encerrado.

El subjefe había tomado aquello como barricada por miedo á las corrientes de aire, pues era muy propenso á los resfriados y había solamente abierto en el cartón dos agujeros para vigilar á sus empleados.

Se sentía el ruido de una mosca.

Por fin, aunque con alguna vacilación, pregunto Mr. Potel :

— ¿ Qué es lo que ha dicho Vd.?

— He dicho que todo eso me tenía sin cuidado. He venido hoy solamente para presentar mi dimisión, pues pertenezco á la redacción de *La Vida Francesa* con quinientos francos al mes y además las líneas. Precisamente he comenzado en el número de hoy.

Se había prometido, sin embargo, hacer su gozo más prolongado, pero no pudo resistir al deseo de decirlo todo de una vez.

El efecto, por lo demás, fué completo. Nadie respiraba.

— Voy á prevenir á Mr. Perthuis, añadió Duroy, después entraré á decirles á Vds. adiós.

Y salió para presentarse al jefe, quien apenas le vió le dirigió la palabra ásperamente :

— ¡ Ya ha venido Vd. ! Usted sabe que no quiero...

— No vale la pena que Vd. grite de ese modo..., respondió el empleado interrumpiéndole.

Mr. Perthuis, que era un hombre gordiflón y colorado como la cresta de un gallo, se congestionó instantáneamente al oír aquella respuesta :

— Estoy harto ya de su tienda, continuó Duroy. Desde hoy mismo pertenezco al periodismo en el cual entro con una buena posición. Tengo la satisfacción de participárselo á Vd. y de ponerme á sus órdenes.

Y salió. Estaba vengado.

Tal como había prometido, entró á saludar á sus antiguos compañeros que apenas si se atrevían á hablarle por temor de comprometerse, pues habían oído la conversación de Duroy con el jefe por haber quedado la puerta abierta.

Ya en la calle y con su mensualidad en el bolsillo, se regaló con un almuerzo suculento en un buen restaurant á precio módico que él conocía, en donde también dejó sobre la mesa otro número que había comprado de *La Vida Francesa*. Luego penetró en diferentes comercios en donde compraba objetos menudos nada más que por hacérselos dirigir á su casa y dar su nombre — Jorge Duroy.

Yo soy el redactor de *La Vida Francesa*, agregaba después, y al indicar la calle y el número tenía cuidado de advertir : « Que lo entreguen en la portería. »

Como todavía tenía tiempo, entró en una litografía que fabricaba tarjetas al minuto á la vista del público y mandó hacer inmediatamente un ciento que llevaban impresa bajo su nombre su nueva cualidad.

Después se dirigió al periódico. Forestier le recibió con aire de superioridad :

— ¡Hola! estás aquí. Muy bien. Justamente tengo varias cosas para ti. Espérame diez minutos; primero voy á concluir lo que estoy haciendo.

Y continuó una carta que tenía comenzada.

Al otro extremo de la gran mesa escribía un hombrecillo muy pálido y grueso como hinchado, calvo, con un cráneo completamente blanco y reluciente. Á causa de su excesiva miopía tenía la nariz junto al papel.

— ¿ Dí, Saint-Potin, á qué hora vas á conferenciar con nuestros hombres?

— Á las cuatro.

— Irá contigo el joven Duroy, aquí presente ¿ sabes? á fin de que le descubras los secretos del oficio.

— Perfectamente.

Y volviéndose luego hacia su amigo, preguntó Forestier :

— ¿ Has traído la continuación sobre Argelia? El artículo de esta mañana ha tenido mucho éxito.

— Duroy se quedó cortado y balbuceó :

— No, había creído que en la tarde tendría tiempo de hacerlo y, como he tenido un sin fin de cosas que hacer, no he podido...

El otro se encogió de hombros con aire de descontento :

— Si no eres más exacto, te expones á perder tu porvenir, te lo advierto. El director contaba con tu original. Voy á decirle que irá mañana. Si crees que te van á pagar por no hacer nada, te equivocas.

Y luego añadió después de una pausa :

— ¡ Qué diablo! Hay que batir el hierro cuando está caliente.

Saint-Potin se levantó :

— Ya estoy listo, dijo.

Forestier entonces se echó hacia atrás en la silla, tomó una postura solemne para dar sus instrucciones y volviéndose hacia Duroy, dijo :

— Vamos á ver. Desde hace dos días tenemos en Paris al general chino Li-Theng-Fao, y al rajá Taposabib Ramadera Pali; el primero está hospedado en el Continental y el segundo en el Hotel Bristol. Es preciso que habléis con ellos. Tú no olvides, dijo volviéndose hacia Saint-Potin, los puntos principales que te he indicado. Pregúntales lo mismo al general que al rajá su opinión sobre los manejos de Inglaterra en el Extremo Oriente, sus ideas sobre su sistema de colonización y dominación y sus esperanzas relativamente á la intervención de Europa, y en particular de Francia, en sus asuntos.

Se calló un momento y después agregó dando valor á sus palabras :

— Ha de ser interesante, á más no poder, para nuestros lectores saber al mismo tiempo lo que se piensa en China y en las Indias acerca de estas cuestiones que tanto apasionan la opinión pública en este momento.

Dirigiéndose luego á Duroy, añadió :

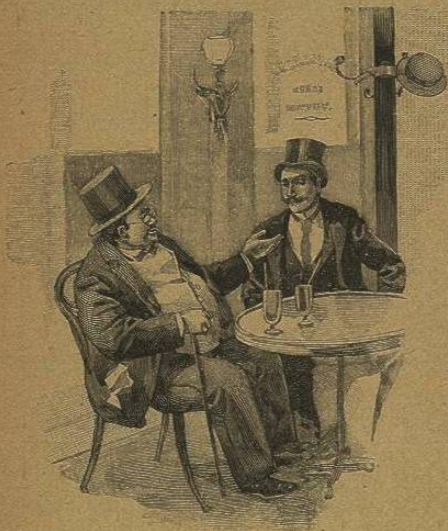
— Observa como Saint-Potin se las arregla, es un repórter excelente, y procura aprender de él la manera de vaciar á un hombre en cinco minutos.

Dicho esto, se puso de nuevo á escribir con gravedad, desde luego que con la intención, bien evidente, de establecer distancias, de tener á raya en su verdadera

plaza á su antiguo camarada y nuevo compañero.

Una vez que hubieron franqueado la puerta, Saint-Potin se echó á reír y le dijo á Duroy :

— ¡Ha visto Vd. qué farsante ! ¡ Qué nos viene á contar á nosotros ! Ni que nos tomara por sus lectores..



Después bajaron al bulevar y el repórter preguntó á Duroy :

— ¿ Quiere Vd. que bebamos algo ?

— Con mucho gusto. Hace bastante calor.

Y entrando en un café, se hicieron servir dos refrescos.

Saint-Potin tomó en seguida la palabra y habló de todo el mundo y del

periódico con una profusión de detalles sorprendente.

— ¿ Y el director ? Un judío verdadero, y Vd. sabe que los judíos son siempre los mismos. ¡ Qué raza !

El repórter citó algunos rasgos curiosos de avaricia, de esa avaricia peculiar de los hijos de Israel, como la economía de los diez céntimos, regateos de cocinera, vergonzosas rebajas solicitadas y obtenidas, todo cuanto caracteriza al usurero, al prestamista.

— Y agregue Vd. á todo esto un ciudadano que no cree en nada y que avasalla á todo el mundo. Su periódico que es oficioso, católico, liberal, republicano, orleanista, un pastel á la crema, no ha sido fundado sino para sostener sus operaciones de bolsa y sus empresas de todo género. En esto es muy competente y gana millones por medio de sociedades que no tienen veinte céntimos de capital...

« Sí, querido amigo, decía siempre Saint-Potin al nombrar á Duroy.

« Y luego tiene frases á lo Balzac, este avaro. Figúrese Vd. que el otro día me encontraba yo en su despacho con esa antigualla de Norberto y ese Quijote de Rival cuando llega Montelin, nuestro administrador, con su cartapacio de tafílete bajo el brazo, un cartapacio que conoce todo París. Pues bien, Walter levanta la nariz y pregunta :

— ¿ Qué hay de nuevo ?

— Que acabo de pagar al fabricante de papel los diez y seis mil francos que le debíamos, responde cándidamente Montelin.

Walter puso una cara de asombro :

— ¿ Qué dice usted ?...

— Que acabo de pagar á Mr. Privas.

— ¿ Pero está Vd. loco ?

— ¿ Por qué ?

— Porque... porque... porque...

Entonces se quitó los lentes y los enjugó con el pañuelo, después sonrió pero con una sonrisa original que se corre al redor de sus carrillos siempre que va á decir alguna cosa de pillín ó de hombre competente, y en un tono de broma y de convicción á la vez, continuó :

— ¿Por qué? Porque hubiéramos podido obtener una rebaja de cuatro á cinco mil francos.

— Pero, señor director, objetó Montelin sorprendido. Si todas las cuentas están perfectamente comprobadas por mí y con el visto bueno de Vd...

« El propietario entonces adoptó una expresión de seriedad y contestó :

— No se debe ser inocente como Vd. lo es. Sepa Vd., señor Montelin, que uno debe siempre acumular sus deudas para luego transigir. »

Y Saint-Potin añadió moviendo la cabeza como hombre concededor :

— ¿Qué le parece á Vd.? ¿No es una frase á lo Balzac?

Duroy no había leído á Balzac, pero respondió en tono convencido :

— ¡Caramba si lo es!

El repórter habló á continuación de M^{me} Walter, una solemne pava; de Norberto de Varenne, un viejo desairado de la gloria; de Rival, un émulo de Fervacques. Por último vino á Forestier :

— En cuanto á éste, su suerte consiste en haberse casado con la mujer que tiene.

— ¿Qué clase de mujer es?

Saint-Potin se frotó las manos :

— ¡Oh! una maulona muy lista. Es la querida de un viejo *boulevardier* llamado Vaudrec, el conde de Vaudrec, el cual la ha dotado y la ha casado...

Duroy sintió bruscamente una sensación de frío, una especie de crispación nerviosa, hasta necesidad de injuriar y abofetear á aquel hablador, pero simplemente le interrumpió para preguntarle :

— ¿El nombre de Vd. es Saint-Potin, no?

El otro respondió con sencillez :

— No, mi nombre es Tomás. Es en el periódico donde me han puesto Saint-Potin.

Duroy pagó el servicio y dijo :

— Pero me parece que es tarde y que tenemos que visitar á dos caballeros.

Saint-Potin se echó á reír :

— Veo que Vd. es todavía inocente. ¿Usted cree entonces que yo voy á ir á preguntar á ese chino y á ese indio lo que piensan acerca de Inglaterra? ¡Como si yo no supiera mejor que ellos lo que deben pensar para los lectores de *La Vida Francesa*! Yo he conferenciado ya con quinientos de estos chinos y persas, con naturales del Indostán, con chilenos, japoneses, etc. Todos responden la misma cosa, es decir, yo les hago decir lo mismo. No tengo otra cosa que hacer que consultar mi artículo sobre el último que ha llegado y copiarle palabra por palabra. Lo que cambia, por ejemplo, es su cara, su nombre, sus títulos, su edad y la comitiva que les acompaña. ¡Oh! en esto es preciso no equivocarse porque me cogerían el gazapo el *Figaro* ó el *Gaulois*, pero sobre esto me informan en cinco minutos el conserje del Hotel Bristol y el del Continental. Nos iremos á pie hasta allá fumando un cigarro. Total : cinco francos de coche que reclamar luego en el periódico. Aquí tiene Vd., amigo mío, cómo uno se ingenia cuando es práctico en estas cosas.

— Seguramente, observó Duroy, que en estas condiciones debe producir bastante ser repórter.

— Sí, respondió el periodista con misterio, pero nada produce tanto como los ecos á causa de los reclamos que pueden disimularse.

Ya se habían puesto de pie y seguían el bulevar en

dirección de la Magdalena; de pronto le dijo Saint-Potin á su compañero.

— Oiga Vd., si tiene alguna cosa que hacer yo no tengo necesidad de Vd.

Duroy le estrechó la mano y se fué.

La idea del artículo que tenía que escribir por la noche le tenía preocupado, y se puso á pensar. Almacenó ideas, reflexiones, juicios, anécdotas, todo mientras caminaba y así subió hasta la avenida de los Campos Elíseos, en donde encontró muy poca gente paseando, pues en aquellos días de calor París se había desocupado.

Después de comer en una tienda de vinos cerca del Arco de triunfo de la Estrella, se fué despacito á pie hasta su casa, por los bulevares exteriores, y se sentó delante de la mesa para trabajar.

Pero desde el momento en que tuvo delante de los ojos la gran cuartilla de papel blanco, todo cuanto había almacenado de materiales desapareció de su espíritu como si su cerebro se hubiera evaporado. Intentaba coger de nuevo fragmentos de recuerdos y fijarlos, mas á medida que los recogía se le escapaban otra vez ó se precipitaban sin orden ni concierto, y no sabía cómo presentarlos y vestirlos, ni tampoco por cuál de ellos comenzar.

Después de una hora de esfuerzos y de emborronar cinco cuartillas con frases de comienzo que nunca podía continuar, se dijo: « Decididamente no estoy todavía ducho en el oficio. Es preciso que tome una segunda lección. » Y la perspectiva de otra mañanita de trabajo con M^{me} Forestier se le presentó en seguida, y la esperanza de otro *tête à tête* íntimo, cordial y tan agradable como el primero le hizo estremecer de deseo.

Así es que se acostó de prisa, teniendo casi miedo ahora de ponerse al trabajo y acertar del primer tirón.

Á la mañana siguiente se levantó un poco tarde alejando y saboreando de antemano el placer de la visita que se proponía.

Ya eran las diez pasadas cuando llamó en casa de su amigo.

— El señor está ocupado, respondió el doméstico.

Duroy no había siquiera pensado en que el marido podía estar allí. Sin embargo insistió.

— Dígale Vd. que soy yo para un asunto urgente.

Después de hacerle esperar cinco minutos, se le invitó á que pasara al gabinete en donde tan buena mañana había pasado.

Forestier estaba sentado en el mismo sitio ocupado por él dos días antes y escribía envuelto en una bata, la cabeza cubierta por una pequeña gorra inglesa y con los pies dentro de pantuflas, mientras que su mujer, de codos sobre la chimenea y vestida con el mismo peinador blanco, dictaba fumando un cigarrillo.

Duroy se detuvo á la entrada:

— Les pido á Vds. mil perdones, ¿vengo á molestarles?

Su amigo volvió la cabeza y con cara furiosa dijo refunfuñando:

— ¿Qué te ocurre todavía? Despáchate, porque estamos de prisa.

El otro respondió, cortado y balbuceando:

— No, nada, dispensen Vds.

Pero Forestier incomodado volvió á decir:

— ¡Vaya! Acabemos y no pierdas tiempo; tú no has forzado mi puerta por el solo gusto de decirnos « buenos días ».

Duroy entonces, aunque turbado, se decidió:

— Aquí tienes... es que... no consigo todavía hacer mi artículo... y tú has sido... ustedes han sido tan... tan... buenos el otro día que... que yo esperaba... y me he permitido venir...

Forestier le cortó la palabra :

— Pero á la postre, tú te pones el mundo por montera, te imaginas que voy á hacer tu oficio y que al fin del mes no tendrás otra cosa que hacer que pasar á la caja. No, ni mucho menos. ¡Está bueno esto!

La joven continuaba fumando sin decir una palabra y sonriendo siempre con aquella vaga sonrisa que parecía un disfraz amable sobre la ironía de su pensamiento.

Rojo de vergüenza Duroy tartamudeaba :

— Excúsenme Vds., yo había creído... pensé que... Pero bruscamente y con voz clara dijo luego :

— Mil veces pido á Vd. perdón, señora, al expresarla de nuevo mi más vivo reconocimiento por la deliciosa crónica que Vd. me hizo ayer.

Saludó después á Carlos :

— Á las tres estaré en el periódico, le dijo; y salió.

Se volvió á su casa muy de prisa y por el camino se decía refunfuñando :

— Está bien; esta crónica la voy á hacer yo solo. Ellos verán.....

Apenas entró, se puso á escribir excitado por la cólera.

Continuó la aventura comenzada por M^{me} Forestier acumulando detalles de folletín, peripecias sorprendentes y descripciones ampulosas, con una torpeza de colegial y un estilo de sargento. En una hora terminó su crónica que más parecía un caos de locuras y la llevó con aplomo á *La Vida Francesa*.

La primera persona á quien encontró fué á Saint-

Potin, quien estrechándole la mano con una energía de cómplice, le preguntó :

— Ha leído Vd. mi conversación con el chino y con el del Indostán. ¿No resulta original? Ha divertido á todo París y nos los he visto siquiera la punta de la nariz.

Duroy, que no había leído nada, tomó inmediatamente el periódico y recorrió de prisa un largo artículo titulado : « La India y la China, » mientras que el repórter le indicaba los pasajes más interesantes llamándole sobre ellos la atención.

En esto llegaba Forestier muy de prisa, jadeante y con el aire de atareado.

— Me alegro encontrarlos. Os necesito á los dos.

Y les indicó una serie de informaciones políticas que deberían procurarse para aquella misma noche.

Duroy le alargó su artículo.

— He aquí la continuación sobre la Argelia.

— Está bien, dámela; voy á llevársela al director.

Esto fué todo.

Saint-Potin cogió del brazo á su nuevo compañero y así que estuvieron en el pasillo le dijo :

— ¿Ha pasado Vd. á la caja?

— No. ¿Para qué?

— ¿Para qué? Para hacerse pagar. Conviene tomar siempre un mes adelantado. No sabe uno lo que puede ocurrir.

— Pues... lo que es yo no me opongo.

— Venga Vd. que voy á presentarle al cajero. No opondrá dificultad ninguna. Aquí se paga bien.

Y Duroy fué á cobrar sus doscientos francos, más los veintiocho por su artículo de la víspera que juntamente con lo que le quedaba de su paga de ferrocarriles le hacían trescientos cuarenta francos en el bolsillo.

Jamás se había encontrado con cantidad semejante y se consideró rico por tiempo indefinido.

Saint-Potin se le llevó luego á charlar á las redacciones de cuatro ó cinco periódicos rivales, confiado en que las noticias que le habían encargado que adquiriese las tendrían ya los otros y que él podría suplárselas, gracias á la abundancia y astucia de su conversación.

Llegada la noche, Duroy, que no tenía nada que hacer, pensó en que podría volver á Folies-Bergère y, en efecto, una vez allí, se acercó osadamente al despacho.

— Yo me llamo Jorge Duroy, redactor de *La Vida Francesa*. El otro día vine con M^r Forestier que me había prometido pedirme entradas. Ignoro si lo ha hecho.

Se consultó un registro y no aparecía inscrito el nombre de Duroy.

Sin embargo, el contralor era hombre muy afable y le dijo :

— Pase Vd. á pesar de eso, caballero, y haga Vd. mismo su petición al director que seguramente le complacerá.

Duroy entró y casi inmediatamente se encontró á Raquel, la morena de noches antes, la cual se acercó á él.

— Buenas noches, gatito mío. ¿Cómo te va?

— Muy bien, ¿y á ti?

— No mal. ¿Tú sabes? He soñado dos veces contigo desde la otra noche.

Duroy sonrió engreído :

— ¿Y eso qué prueba?

— Pues prueba que tú me agradas, tontito, y que volveremos á comenzar cuando á ti te acomode.

— Hoy mismo si tú quieres.

— Vaya si quiero.

— Bueno; pero... escucha... (Duroy vacilaba, como avergonzándose de lo que iba á hacer.)

— Es el caso que esta vez no tengo un céntimo : vengo del Círculo y todo lo he perdido.

Ella le miraba fijamente al fondo de los ojos, adivinando la mentira con su instinto y su práctica de mujer pública habituada á las truhanerías y regateos de los hombres.

— ¡Mentiroso! No está bien que conmigo hagas eso.

Duroy sonrió, algún tanto turbado :

— Si quieres diez francos es todo lo que me queda.

— Lo que te plazca, querido mío, murmuró la joven con desinterés de cortesana que se paga un capricho; lo que más quiero eres tú.

Y levantando hacia el joven sus ojos enamorados le tomó del brazo y se apoyó en él amorosamente :

— Vamos primero á beber una granadina y luego daremos juntos una vuelta. Yo quisiera ir así contigo hasta la Ópera para mostrarte; después nos retiraremos temprano, ¿quieres?

Era bastante tarde cuando se quedó dormido. Á la mañana siguiente dejó la casa de Raquel bien entrado el día, y la primera cosa que hizo, ya en la calle, fué comprar *La Vida Francesa*, y abrir con mano calenturienta el periódico. Su crónica no estaba, y sin embargo él permaneció de pie sobre la acera recorriendo ansiosamente con la vista las columnas impresas, con la esperanza de encontrar al fin lo que buscaba.

Un peso abrumador atormentó de pronto su espíritu y es que tras la fatiga subsiguiente á una noche de amor, aquella contrariedad cayó con la fuerza de un verdadero desastre sobre su organismo descoyuntado.

Dirigióse á su casa y vestido se durmió sobre la cama.

Al entrar algunas horas más tarde en las oficinas de la redacción, se presentó á M. Walter:

— Me ha sorprendido, señor director, no ver esta mañana mi segundo artículo sobre Argelia.

El director levantó la cabeza y respondió secamente:

— Se lo entregué á su amigo Forestier con encargo de que lo leyera y no lo ha encontrado suficientemente bueno. Será necesario hacer otro.

Duroy salió furioso sin responder una sola palabra y penetró bruscamente en el despacho de su amigo:

— ¿Cómo no has hecho publicar mi crónica en el número de hoy?

El periodista fumaba un cigarrillo, apoyada la espalda en el fondo del sillón y con los pies sobre la mesa, de tal manera que ensuciaba con los talones un artículo comenzado. Tranquilamente y con un sonido de voz que expresaba fastidio y parecía un eco lejano, cual si saliese del fondo de un agujero, contestó:

— El director lo ha encontrado malo y me ha encargado que te lo devuelva para que hagas otro. Ahí lo tienes, tómalo, añadió señalando con el índice unas cuartillas desplegadas bajo un prensa-papeles.

Duroy confundido no encontró nada que decir y mientras que guardaba su prosa en el bolsillo, Forestier habló nuevamente:

— Hoy vas á ir primeramente á la prefectura...

Y le indicó una serie de encargos que desempeñar y de noticias que recoger. Duroy se fué sin haber podido descubrir la frase incisiva que buscaba.

Al día siguiente llevó su artículo reformado, y de nuevo se le devolvieron. Todavía le rehizo una tercera vez pero fué igualmente rechazado, y esto le dió á comprender que había ido demasiado de prisa y que la mano

de Forestier era la única que podía ayudarle en su camino.

Ya no habló más de *Recuerdos de un Cazador de África* prometiéndose ser sutil y astuto, puesto que era preciso, y desempeñar con celo su oficio de repórter hasta que se presentara otra cosa mejor.

Conoció, por tanto, los entre-bastidores del teatro y de la política, los pasillos de la Cámara de diputados, las porterías de los hombres políticos importantes y empezaron á serle familiares las secretarías particulares de los ministros y las caras enfurruñadas de los ujieres dormidos.

Pronto llegó á estar en relación continua con ministros, conserjes, generales, agentes de policía, príncipes, rufianes, cortesanas, embajadores, obispos, celestinas, caballeros de industria, hombres de mundo, tabures, cocheros de punto, camareros de café y con otras muchas gentes, siendo el amigo interesado é indiferente de todos, confundiéndolos en igual estima, midiéndolos con igual rasero, juzgándolos lo mismo, á fuerza de verlos todos los días, á cualquier hora, sin transiciones del espíritu y á fuerza de hablar con todos ellos de los mismos asuntos concernientes á su oficio de repórter. Él mismo se comparaba á un hombre que una tras otra gustase muestras de todos los vinos y llegase en seguida á no distinguir ya el Chateau-Margaux del Argenteuil.

En muy poco tiempo concluyó por hacerse un repórter notable, seguro de sus informes, astuto, sutil, diligente, un verdadero valor para el periódico, como decía el viejo Walter, que era conocedor en materia de redactores.

Sin embargo, como sólo percibía diez céntimos por línea, más sus doscientos francos de sueldo fijo, y como la vida de bulevar, la vida de café, la vida de restaurant

le costaba cara, jamás tenía un céntimo y se desolaba con sus escaseces.

« Me falta dar con la clave », pensaba al ver algunos camaradas de reporterismo con los bolsillos llenos de oro, y nunca llegaba á explicarse qué medios secretos podían emplear para procurarse aquella vida holgada.

Movido de la envidia, sospechaba procedimientos desconocidos y poco licitos, servicios de cierta índole, todo un contrabando aceptado y consentido. Pues bien, era preciso penetrar en el misterio, entrar en la asociación tácita, imponerse á sus camaradas que venían repartiéndose el negocio sin contar con él.

Y muchas noches, mirando desde su ventana pasar los trenes, meditaba sobre los procedimientos que debería emplear para conseguirlo.



V

Habían transcurrido dos meses; el mes de septiembre iba á comenzar ya, y la rápida fortuna que Duroy se había prometido le parecía bastante reacia en llegar. Sobre todo se inquietaba de su situación moral mediocre y no veía el camino por donde podría escalar las posiciones en que se encuentran la consideración social, la influencia y el dinero.